

CONSIDERACIONES SOBRE LA POBLACIÓN MUNDIAL EN EL FUTURO

Raúl BENÍTEZ ZENTENO

Cuando se trata de exponer un tema como el de la situación actual y perspectivas de la población mundial, el expositor se encuentra bien limitado.

La primera gran limitación se expresa en el hecho, cada vez más evidente para los especialistas, de que las situaciones nacionales im-

¹³ Confr. a propósito del tema, DINAH RODRÍGUEZ, "La conferencia de Roma: ¿1974 año cero?", *op. cit.* BARRY COMMONER, "Dos enfoques de la crisis ambiental" y BARBARA WARD, "¿El fin de una época?" *Comercio Exterior*, No. 3, marzo de 1974. AARON SEGAL, "Los ricos, los pobres y la demografía", *Comercio Exterior*, No. 4, abril de 1973.

plican, en la gran mayoría de los casos, procesos de cambio diferentes, que si bien es posible incorporarlos en esquemas o tipificaciones más o menos lógicos, se opera a un nivel de agregación tal que lleva a simplificar, como requerimiento del propio método, la gran complejidad del fenómeno y sobre todo la dificultad de contemplarlo como el resultado de procesos históricos conocidos. La orientación actual de los estudios se centra en esta preocupación.

El rasgo sobresaliente de esta limitación puede quedar expresado de la siguiente manera: es casi imposible proyectar las condiciones futuras de los países a partir de su evolución reciente, ya que las reglas del juego a escala nacional e internacional se modifican de manera brutal. Ni siquiera vale la pena hablar del gran fracaso de la planeación desarrollista tan en boga hace apenas 20 años.

No obstante, se insiste en el juego profético que anuncia grandes catástrofes si se mantienen las tendencias recientes y ahora el año 2000 adquiere un sentido mágico cuando se asocia a más de 6 000 millones de habitantes y se exponen las ventajas de que seamos sólo 5 500 si logramos un rápido crecimiento económico junto con un rápido descenso del ritmo de crecimiento demográfico, al mismo tiempo que se postula la necesidad de que los países atrasados tomen medidas de control, ya que su contribución al crecimiento de la población mundial es de más del 85%.

No se toma en cuenta el hecho de que las catástrofes que se predicen para después de fines del siglo xx, constituyen una realidad que vive todos los días la gran mayoría de la población mundial. No se ha aceptado aún como objetivo mundial ineludible la solución a la miseria, al hambre, al analfabetismo y a otras tantas situaciones que constituyen la expresión de la explotación del hombre por el hombre, en aras de la necesaria expansión que se da en la realidad, para la subsistencia de ritmos de crecimiento económico, como característica básica del capitalismo, y como expresión de un socialismo también competitivo al nivel imperialista.

Una segunda gran limitación se plantea cuando hay necesidad, para explicarse, de mencionar los planteamientos dominantes, buscando desmistificar su populismo y su demagogia tan avasalladores. No hay duda alguna de que sería más conveniente para la gran mayoría de los países pobres, tener un ritmo de crecimiento demográfico más lento. Tampoco hay duda de que sería más conveniente que la población tuviera un nivel de vida más alto, y que la distribución del ingreso no fuese tan injusta; y que no hubiese hambre ni analfabetismo, etcétera. Pero resulta que a partir de estos planteamientos, que constituyen objetivos ideales, se implementa la acción y unos aparecen más factibles que otros y aparentemente no implican la necesidad de transformaciones revolucionarias importantes. Sin duda alguna el problema demográfico es uno de estos temas que tienen la gran virtud de que pueden emplearse y se emplean para justificar la incapaci-

dad de los gobiernos para realizar avances sustantivos en lo económico y lo social. La fuerza de este gran argumento es aparentemente sencilla: toda la población de los países atrasados, aun la de las comunidades más alejadas, en todo el mundo se da cuenta de que crece más rápidamente que antes, y en los países avanzados se hace evidente que cada vez son más habitantes, aún con ritmos de crecimiento demográfico cada vez más lentos. Por otra parte, no hay duda alguna de que no podemos continuar creciendo así indefinidamente y de aquí que los clamores tengan un carácter malthusiano; que crezca la población más lentamente porque de continuar así seguiremos siendo pobres. Este planteamiento no toma en consideración la forma en que se han dado los procesos de cambio económico, social y político y las transformaciones en la estructura y la dinámica de la población, pero sobre todo evade considerar la manera en que el hombre explota al hombre en el sistema capitalista.

En los países avanzados, en donde se dan muy elevados niveles de ingreso por habitante (en 1969 Estados Unidos 4 574 dólares, Europa 2 020) y en donde el crecimiento demográfico natural actual es de alrededor de uno por ciento al año, el proceso de cambio demográfico, o la llamada transición demográfica fue posible precisamente por el desarrollo capitalista, basado desde sus orígenes en una permanente expansión imperialista. La transición demográfica en los países subdesarrollados no puede darse de la misma manera, como no podrá darse de la misma manera el abandono de su atraso.

En Francia, la reducción de la fecundidad se dio mucho antes que en el resto de los países europeos y aquí se inició la práctica del control de la natalidad en gran escala. Ya en 1870 la tasa de natalidad fue de 25 nacimientos por cada mil habitantes, mientras que en el resto de los países europeos fue de 35; y para la Segunda Guerra Mundial había llegado a ser de 16. Todas estas situaciones, que los demógrafos consideran aún no explicadas, llevaron a consideraciones políticas y decisiones que significaron pensiones familiares en relación con el número de hijos dentro de toda una legislación pronatalista, y al mismo tiempo una gran tendencia contemporánea a liberar la legislación sobre control de la natalidad. Sin embargo, sobresalen en la historia dos elementos de gran importancia y poco estudiados aún, pero sin duda relacionados con el desarrollo del capitalismo francés: en primer lugar una de las soluciones del capitalismo industrial clásico fue la de apelar a la exportación de la decadencia tecnológica y de excedentes de mano de obra, que hicieron posible la transformación tecnológica y las transformaciones de la estructura ocupacional, lo que llevó a que el sector primario descendiera con rapidez, ya que el país absorbió materia prima y alimentos baratos en el mercado internacional; en segundo lugar la industrialización se dio con crecimientos demográficos lentos, un ritmo de urbanización mucho menor que el observado ahora en todos los países atrasados.

Francia en medio siglo de industrialización sólo tenía el 35% de población urbana.

Estos dos elementos corresponden al proceso de desarrollo industrial de la mayor parte de los países en donde se dio el capitalismo clásico. En Francia se dio más temprano el descenso de la natalidad, lo que, entre otros aspectos, ha significado una estructura por edad considerablemente vieja puesto que en 1970 sólo 33.2% de la población tiene menos de 20 años, mientras que en 1780 tenía menos de esta edad el 43%; de 65 años y más en 1780 sólo había 4.4% los que en 1970 son el 12.9%.

Es claro que en estos países (de capitalismo clásico) los procesos de cambio demográfico son considerablemente diferentes cuando se comparan con los ocurridos en los países subdesarrollados, dado que en unos y en otros la transición demográfica implica procesos históricos concretos fundamentalmente afectados por factores económicos y sociales específicos. Queda por establecer a mediano plazo en qué condiciones los cambios estructurales implican cambios demográficos, ya que a largo plazo se cuenta con suficientes evidencias que permiten afirmar que los cambios en la fecundidad responden más a cambios estructurales sustantivos, ya que se trata de un factor que está íntimamente asociado, en primer lugar, a las propias orientaciones ideológicas de las clases dominantes. Efectivamente, el poblacionismo que hasta hace poco se proclamó en todos los países atrasados como factor necesario para el desarrollo, nunca tomó en cuenta que la mortalidad podía lograr descensos tan considerables y rápidos sin necesidad de transformaciones sustantivas en lo económico. Con los resultados de los censos de 1960 se desata el nuevo malthusianismo ya que todas las proyecciones demográficas quedaron por debajo de las cifras censales. Con la nueva evidencia de 1970, los organismos internacionales (y en el seno de los países) desarrollan una gran labor por el control de la natalidad. Esta nueva orientación tendrá sus frutos a largo plazo, ya que aun con grandes declaraciones públicas, cambios en la legislación, planes coordinados de diversas dependencias, etcétera, en los países atrasados se dan imposibilidades estructurales que impiden que el control de la natalidad se generalice, tales como la extensión de los servicios médicos.

En segundo lugar, cada vez es más evidente el que los obstáculos que impiden el desarrollo humano, único que garantiza una fecundidad controlada, no son materiales. Corresponden a la naturaleza sociopolítica de las relaciones internacionales y a las relaciones entre las clases sociales dentro de cada país; la crisis actual ha mostrado de nueva cuenta el grado tan reducido de libertad con que operan los países atrasados. Se hace necesario tener atrás el apoyo decidido de una gran potencia para poder lograr cambios importantes.

En lo que se refiere a la población, la reorientación de las clases dominantes de los países atrasados, en gran medida se debe a la con-

sideración de que las tendencias actuales constituyen un obstáculo irreversible en el proceso de desarrollo, de aquí que el estado debe asumir la responsabilidad de control del crecimiento demográfico como parte de las políticas generales de progreso sin modificaciones sustantivas al sistema capitalista dependiente.

Sin embargo, los niveles de fecundidad actuales en los países atrasados se han gestado en un pasado histórico, con orientaciones siempre poblacionistas en razón directa de las necesidades de mano de obra abundante para la producción agrícola, minera y de materias primas para la industria, únicos elementos que en una primera etapa colonial puede aportar el subdesarrollo, en un sistema de dominación que se ha ido modificando hasta llegar a etapas en donde el desarrollo industrial se da dentro de gravosas condiciones de distorsión sectorial, como precio que las grandes potencias industriales capitalistas imponen a las economías nacionales subdesarrolladas, ya que la producción, al estar generada por la necesidad no social de la ganancia, dentro de patrones de consumo impuestos, para mantenerse, obliga por lo menos a conservar el desequilibrio interno y por consecuencia a diferir los cambios sociales y dentro de ellos cambios de importancia en la fecundidad.

No es así con los cambios ocurridos en la mortalidad, ya que se trata de un factor que en condiciones de subdesarrollo ha sido posible modificarlo considerablemente merced a los avances logrados en los países desarrollados en quimioterapia, insecticidas, desarrollo de antibióticos, etcétera, y en gran parte a esto se debe el que la disminución de la mortalidad en América Latina, Asia y África constituya un proceso muy diferente a aquél que se dio en Europa. Actualmente los niveles de mortalidad para el conjunto de los países subdesarrollados es de aproximadamente 17 defunciones por cada mil habitantes, mientras que en los desarrollados es de 9.

En el futuro los niveles de mortalidad continuarán descendiendo en los países atrasados y es posible que se llegue hasta sólo 10 defunciones por cada mil habitantes para el año 2000, lo que implica, sin cambios sustantivos en fecundidad o aún con cambios relativamente importantes, que el crecimiento actual de 2.3% al año se mantenga o bien que disminuya cuando mucho a 1.9% para dicho año.

Y de aquí surge una consideración que los neomalthusianos no han tomado muy en cuenta en su afán por controlar la fecundidad, ya que consideran que éste es el factor más estratégico respecto a las tendencias demográficas del futuro: la mortalidad aún no ha disminuido lo suficiente como para pensar que va a dejar de tener importancia en la generación de ritmos de crecimiento demográfico elevados. Aun la mortalidad infantil en los países atrasados es muy elevada y los avances que se dan en el logro de mejores condiciones de vida en las ciudades y en el campo posibilitarán disminuciones de la mor-

talidad de los sectores pobres, no sólo respecto a la mortalidad infantil sino también en todas las edades.

En los países industrializados los niveles de mortalidad se mantendrán a un nivel similar al actual, ya que aún no se resuelven los problemas básicos que permitan una mayor longevidad en el hombre. Incluso se proyectan para estos países niveles de mortalidad mayores, ya que el límite de la sobrevivencia humana coincide con estructuras de edad considerablemente envejecidas.

Una tercera limitación a la que me referiré ahora para poder hablar de la población futura y que en parte he tratado ya, corresponde al hecho de las posibilidades de transformaciones importantes a escala nacional, cuando son posibles, escapando a la acción imperialista capitalista, lo que ha traído en su momento conmociones mundiales que remodelan el carácter de las relaciones internacionales. Con dos casos es suficiente: el caso de China y el de Cuba. En ambos su transformación revolucionaria ha traído cambios sustantivos en la estructura y dinámica de la población, precisamente como aquellos por los que claman los neomalthusianos: disminución de la fecundidad, a un nivel que permita un ritmo de crecimiento demográfico menor, con programas de control de la natalidad de importancia, particularmente en China, país en donde se da la mayor extensión y eficacia de los programas anticonceptivos en el mundo. En ambos casos la meta que se persigue es el logro de una sociedad igualitaria, con grandes problemas para lograrlo a partir del establecimiento de nuevos valores que han modificado radicalmente situaciones coloniales y en donde se ha erradicado el hambre, el analfabetismo y se lucha frontalmente para poder incorporar la población activa a la producción. Podemos estar o no de acuerdo con el sistema elegido y con los medios para lograrlo, pero el hecho es que las tendencias de la población por diversas vías se adaptan a las necesidades reales del desarrollo relacionándose mucho más orgánicamente con los otros sectores de la economía nacional, lo que incluye una revaluación profunda de la tecnología a aplicar y de las nuevas relaciones sociales de producción.

En última instancia, estos problemas se resuelven en la esfera del poder que es donde los grandes agrupamientos sociales se ponen en contacto entre sí. Lo más seguro es que la reorganización de los distintos sectores de la producción particularmente del industrial, en las economías atrasadas, en el futuro, resulte de un cambio previo en el equilibrio de fuerzas de las clases y los grupos.